

Apuntes para una aproximación al cuento “La Señal” de Inés Arredondo
Notes for an approach on the short-story "La Señal" by Inés Arredondo

Leyani Bernal Valdes
leyani9323@gmail.com
Artículo recibido: 06/10/2021
Artículo aceptado: 08/12/2021

Resumen

Inés Arredondo figura como una de las escritoras más representativas del siglo XX mexicano. En su cuento “La señal” se muestran aspectos de lo humano y sagrado, los cuales se abordan en el presente trabajo, desde los recursos simbólicos que utiliza Inés Arredondo para la interpretación de las experiencias del universo íntimo de lo humano en un tema que resulta trascendente para ella. El manejo narrativo que despliega Inés Arredondo, la convierte en una escritora atemporal y una fiel garante de los siempre presentes claroscuros de nuestra esencia humana.

Palabras clave: señal, hermenéutica, sagrado, simbólico, Arredondo

Abstract

Inés Arredondo is one of the most representative writers of the 20th century in Mexico. In her short story “La Señal”, aspects of the human and the sacred are shown, which are addressed in this paper, with the symbolic resources that Inés Arredondo uses for the interpretation of the experiences of the human’s intimate universe, as a theme that is transcendental for her. The narrative expertise that Inés Arredondo displays makes her a timeless writer and a faithful guardian of the chiaroscuro, always present in our human essence.

Keywords: signs, symbols, Mexico, sacred

Introducción

Se considera a Inés Arredondo una de las autoras más significativas del siglo XX mexicano. Enmarcada en lo que se conoce como “*La Generación de Medio Siglo*”, en su prosa destacan temas que abordan las relaciones familiares y de pareja, que cuestionan los roles y ponen en tela de juicio los valores tradicionales; el erotismo, la locura, el incesto, el amor y la muerte. Según plantea la investigadora Belem R. Chávez “las narraciones de Arredondo evocan

las luces y oscuridades que su propia alma poseía. Sus personajes existen puesto que les dio una parte de sí misma en la batalla de encontrarse entre sus cuentos” (18).

Las investigaciones realizadas en torno a la obra de Inés Arredondo, no son abundantes. Sin embargo, es posible encontrar que los autores que han producido al respecto coinciden en varios elementos. Entre los criterios compartidos destacan: el peso que ejerce el símbolo en su narrativa, el papel que representa la mujer en sus relatos, la presencia del vínculo entre las experiencias consideradas sagradas y las pecaminosas en el marco de lo cotidiano, el intimismo como elemento fundamental en su narrativa en función de mostrar la realidad desmaquillada en el mundo interior de las personas, la resignificación de las historias bíblicas a través de sus protagonistas que aparecen como historias subterráneas provocando un cruce entre lo real y lo ficticio, la necesidad de mostrar la presencia en esta del bien y el mal como dos caras de un mismo rostro (Vela 73; Chávez 25-35; Gutiérrez 118; Londoño 2).

El presente artículo analiza el cuento “La Señal” de Inés Arredondo, desde los recursos simbólicos que utiliza Inés Arredondo para la interpretación de las experiencias del universo íntimo de lo humano en un tema que, según afirmó la propia autora, resultaba trascendente para ella.

Desarrollo

Desde el punto de vista intertextual, uno de los elementos que salen a la luz en la obra de Arredondo es la existencia de lo que podrían considerarse seres anodinos. Estos personajes se encuentran inmersos en lo cotidiano, se muestran incapaces de cuestionar y ausentes de carácter y fuerza interior para salir adelante. Por lo general la vida de los protagonistas es apacible, sencilla, ordenada. Sin embargo, en determinados momentos son señalados y elegidos para romper con el estatismo que los consume. En el transcurso de las historias, los entornos cambian. Los personajes se ven obligados a vivir experiencias reveladoras que los marca y les produce la transformación de su estado inicial. Lo cierto es que la autora tiene la capacidad de generar en cada una de sus historias vínculos que producen grados de complicidad con el lector. En su obra la ambigüedad y las señales ocultas en cada una de las historias, dejan el camino libre a la múltiple interpretación del lector. Este en su proceso interpretativo reconoce asimila como propios elementos de esa realidad dada, los resignifica y otorga nuevos sentidos matizados por sus experiencias individuales.

El primer volumen de cuentos de la autora en cuestión fue publicado en 1965, y reúne catorce relatos bajo el título de uno de ellos, “La Señal”. Este cuento vio la luz en 1959 en la *Revista Mexicana de Literatura*. Si bien, la colección atrajo las miradas de estudiosos de las letras y se le han realizado interpretaciones a la misma, son menores las observaciones que se le hacen al cuento que le cede su nombre en comparación con otros, dentro de los que se destacan “El Membrillo”, “Mariana”, “Olga” o “La Sunamita”, que sí han sido analizados con mayor profundidad.

Según su autora, “La Señal” toca un tema trascendente para ella, sin embargo, lo consideró un cuento poco comprendido. En cuanto a la trascendencia, podría estar dada no solo por constituirse como la obra con la que se sintió escritora en todo el sentido de la palabra, sino por el substrato religioso implícito en el texto, un discurso subyacente que deriva de la experiencia de vida de la autora. La religión formó parte importante de su niñez y adolescencia, pero fue hasta que inició sus estudios de Filosofía en la Universidad Autónoma de México donde, según sus propias palabras:

Empecé por problemas como el de que la Justicia y la Misericordia no se llevan. Problemas muy primarios pero muy importantes para mí. Y seguí hasta llegar a preguntarme sobre la existencia de Dios, y el día en que me convencí de que no existía, me iba a suicidar (...) Porque pensé que la vida sin Dios no tiene sentido. Y lo sigo pensando (...). (En González 14-15)

La incompreensión de la que habla deriva del mismo asunto. Arredondo provee herramientas para la reinterpretación de lo sagrado en busca de la conciliación que le demanda su propia crisis religiosa, buscándose a sí misma en sus historias, reclamándole un sentido a la vida. Criada en una familia estrictamente católica y formada hasta su adolescencia con esos valores, debió ser significativo el choque entre sus ideas y lo que en la licenciatura comenzó a analizar. El resultado sería una crisis que la llevó incluso a intentar suicidarse, al pensar que la vida sin Dios carecía de sentido. Un criterio que, según ella misma afirmó, a pesar de los años no cambió. Los dilemas que le suscitaba son reconocibles en “La Señal”. En la obra, matiza la ausencia de fe en la religión con la esperanza de encontrar un sustento liberador a través de los propios preceptos que rechaza. Sin embargo, el desenlace es ambiguo, la respuestas dependerán del peso que el lector, desde su capacidad para significar y ponderar cada elemento.

En el caso de “La Señal”, el propio título predice el advenimiento de un evento significativo en el transcurso de la historia. Lo íntimo, lo sagrado, lo pecaminoso, lo simbólico, forman parte de la trama.

Si bien el texto posee varias aristas interpretativas resulta conveniente no perder de vista las relacionadas con lo sacro y, de estas con los objetos y lugares con cargas de energía y temporalidad afectivamente fuertes para los individuos que la leen, generando significados. En el mismo se perciben tres tiempos, o momentos, que fluctúan, y reflejan los estados de ánimo y sensaciones, como por el ejemplo, las de Pedro el personaje central. El primero de estos; a las tres de la tarde, mientras el sol lo castiga en su tránsito sin rumbo por las calles desoladas; el segundo, tras su entrada a la iglesia; el tercero, con su salida al anochecer, cuando el sol se había puesto ya.

En la Biblia, el homónimo del personaje central de “La Señal” es el discípulo de Jesús que lo negó tres veces. En el fragmento inicial del cuento, pareciera que Pedro sufre el castigo por esa negación cuando la autora escribe:

(...) aplastado, casi vencido, caminaba bajo el sol. Las calles vacías perdían su sentido en el deslumbramiento. El calor, seco y terrible como un castigo sin verdugo, le cortaba la respiración. Pero no importaba: dentro de sí hallaba siempre un lugar agudo, helado, mortificante que era peor que el sol, pero también un refugio, una especie de venganza contra él (Arredondo, *La Señal* 1).

Estas palabras se constituyen como referentes de autopunición y culpa, de un peso que el protagonista debe de llevar consigo a todas partes.

Por otra parte, está el sol, uno de los símbolos recurrentes en la obra de Arredondo, que pareciera tiene personalidad propia y con una fuerza capaz de imponer dolor a los seres, flagelar su cuerpo, representar el sacrificio. Un pasaje similar inicia el cuento “La Sunamita”: “Aquel fue un verano abrasador. El último de mi juventud. Tensa, concentrada en el desafío que precede a la combustión, la ciudad ardía en una sola llama reseca y deslumbrante” (Arredondo, *La Sunamita* 1-2). En “Estío” sucede algo parecido. Precisamente el sol y lo que su castigo supone, se configura como detonante para que Pedro se refugie en la iglesia, huir de ese calor que lo sofoca al igual que su culpa. Nótese otro detalle, a las tres de la tarde, hora en la que inicia el relato es, según los evangelios y la interpretación bíblica moderna, la hora del suplicio de Jesús (Gutiérrez 173).

Ni siquiera un Laurel de la India, un árbol siempre verde y frondoso que se caracteriza por el espesor y frescor que atraen sus ramas, pudo calmar su calor. El protagonista narra que su trayecto lo condujo a una catedral, que siempre había estado allí, pero “solo ahora veía que estaba en otro clima, en un clima fresco que comprendía su aspecto ausente de adolescente que sueña” (Arredondo, *La Señal* 3). Una catedral con orígenes humildes, condenada a la inconclusión por ausencia de dinero para terminar sus naves. Pudo ser uno de los motivos por los cuales Pedro, carente de fe, ingresó “sin pensar que entraba en una iglesia”. En el recinto pudo percibir cómo ese mismo sol que afuera lo atormentaba:

(...) entraba por las vidrieras altas, amarillo, suave, y el ambiente era fresco. Se podía estar sin pensar, descansar de sí mismo, de la desesperación y de la esperanza. Y se quedó vacío, tranquilo, envuelto en la frescura y mirando al sol apaciguado deslizarse por las vidrieras. (Arredondo, *La Señal* 6)

Desde la apacibilidad que le proporciona la iglesia, Pedro anhela el lugar de ese otro que, a diferencia de él, sí reza, asocia a la fe con un aliciente probablemente capaz de otorgarle sentido y voluntad de vivir. Que no se trate solo de estar vivo, sino de encontrar el motivo para estarlo. Es la misma necesidad que manifestó Inés en el fragmento de su entrevista presentado inicialmente. A este punto, la autora utiliza dos de sus recursos, el primero es el restaurar el sentido de lo mítico y lo sagrado, mostrando la dualidad de lo puro y lo impuro, generando ambigüedad. En lo apacible del momento apareció una figura que pide besar sus pies llagados. Pies que lo avergüenzan, que le hacen sentir asco.

Otro de los recursos utilizados por la autora es el de la mirada. En el caso del obrero, ojos que describen el vacío, la ausencia de sentidos, implorantes. Una mirada que describió de la siguiente forma:

“(...) vio los ojos grises y los párpados casi transparentes, de pestañas cortas, y la mirada, aquella mirada inexpresiva, desnuda (...) El hombre volvió a mirarlo. Sus ojos podían obligar a cualquier cosa, pero solo pedían” (Arredondo, *La Señal* 8). Una mirada que, en contraste, luego de que el obrero cumpliera su cometido, se tornó limpia.

En la medida que van sucediéndose los hechos saltan a la vista elementos que hacen pensar en lo simbólico. Dos pasajes del evangelio que recrean situaciones similares a la que acontece en el recinto entre Pedro y el obrero, con el sacristán como mudo testigo del acto. El primero de ellos está en el evangelio de Lucas, cuando una mujer pecadora irrumpe en el lugar

donde está Jesús, le lava los pies con perfume, los besa y los seca con sus cabellos (Lucas 1.37-39); el segundo, el propio pasaje en el que Jesús le lava los pies a sus discípulos (Juan 1.5-12). En este caso, la autora cambia el tacto del agua por el tacto de la boca. Al sentir el beso en sus pies, más allá del asco mutuo, Pedro percibió el amor, y no solo el amor, también ¿por qué no? Cierta transgresión al sentir los labios calientes en su piel, lo íntimo y lo sagrado se desdibujan y reconfiguran, lo humano y lo sagrado se cruzan. A decir de Belem Chávez, el acto divino se desconfigura por las sensaciones humanas que despierta (24).

El sacrificio de permitirle besarlos lo obligaron a pensar nada más y nada menos que en el martirio en la cruz, y lo expresa de la siguiente forma: “(...) Los dos sentían asco, solo que por encima de él estaba el amor. Había que decirlo, que atreverse a pensar una vez, tan solo una vez, en la crucifixión” (Arredondo, *La Señal* 20). La cruz puede percibirse como elemento de traición, de muerte, también de salvación, de dolor absoluto, de signo de lucha y resistencia en medio de los pasajes de la muerte anunciada (Londoño 10). El hecho de encontrarse en una iglesia, de que el clima que lo sofocaba cambiara en el recinto y apareciera un extraño pidiendo besarle los pies, uno de los elementos en el que residía su mayor vergüenza: “en no poder ir descalzo, sin ocultar”. Su intimidad ha sido expuesta, pero el sacrificio del pecador era necesario para mostrarle el camino de la salvación, un camino en el que lo humano y lo sagrado poseen fronteras que se desdibujan y entremezclan.

Valdría la pena entonces preguntarse ¿esa fue la señal? ¿El amor de quién besó sus “pies con estigma” por encima de la humillación? ¿la revelación de la bondad por encima del sacrificio y la sumisión? Me atrevo a afirmar que cada lector podría percibirlo con la autenticidad que su propia experiencia y entendimiento les proporcionan. La autora afirma que esta es su intención cuando en una entrevista comentó: “Yo no digo la última palabra porque me gusta que la gente piense y tenga inquietudes” (En Reboredo 16).

¿Y por qué “estigma”? Es conocido el empeño de la autora en sus cuentos para encontrar la palabra precisa, en este caso en la tradición cristiana se ha denominado con el término *estigma* al fenómeno místico de sentir en el propio cuerpo ciertas señales de origen sobrenatural (Chico 678). Precisamente esta señal, el vivir una experiencia que se transformó en sagrada, obligó a Pedro a asumir como suyo el dolor, el peso del mundo y su pecado, al mismo tiempo la “lejana redención” ¿Sería su penitencia? Por un momento esta experiencia impulsa a pensarlo como depositario del amor del mismo Jesucristo con apariencia de hombre:

(...) No miró al obrero, pero sintió su asco, asco de sus pies y de él, de todos los hombres. Y aun así se había arrodillado con un respeto tal que lo hizo pensar que, en ese momento, para ese ser, había dejado de ser un hombre y era la imagen de algo más sagrado (Arredondo, *La Señal* 19).

El ritual cobra sentido. La experiencia de este acto considerado por el propio Pedro como sagrado, conduce a un cambio en el universo íntimo y espiritual del personaje. Un cambio del que no se sabe con certeza cuál será el resultado.

Esta afirmación se pone en evidencia durante lo que podría definirse como el tercer momento del cuento. Se manifiesta al salir Pedro del recinto religioso, al atardecer, cuando ya el sol se había puesto. Un atardecer que marca el fin de una etapa y prevé el inicio de un nuevo día. Este elemento posee un sentido alegórico importante; a lo que se suma la expresión final de la historia:

“Solamente sabía que tenía que aceptar que un hombre le había besado los pies y que eso lo cambiaba todo, que era, para siempre, lo más importante y lo más entrañable de su vida, pero que nunca sabría, en ningún sentido, lo que significaba” (Arredondo, *La Señal* 24). Si bien la propia autora afirma que en sus cuentos la redención nunca llega a sus personajes (Batis 1), el Pedro que salió de la iglesia ya no sería el mismo, tampoco el lector que en su deleite se funde con la historia, y la hace suya.

Conclusiones

Inés Arredondo a través de su obra contribuye a revelar la realidad de nuestra condición de ser. En “La Señal” figuran, a modo de reflejos, sus propias inquietudes personales; para ser precisos, los dilemas que le suscitaba su crisis en el plano religioso. La turbulencia existencial que le generó su falta de fe y la esperanza de encontrar un sustento liberador a través de los preceptos que siente perdidos, encontraron salida en este cuento. En él, las nociones de bien-mal, humano-sagrado se tornan ambiguas, confusas y, al mismo tiempo, reveladoras. El manejo de las temporalidades, los sentimientos encontrados, el trabajo con pasajes y estados que generan sensaciones prestas a ser significadas, a través de recursos como el sol, la mirada y la recreación de experiencias sensoriales activadas por actos que transgreden lo íntimo. Sin embargo, estas no adquieren ese sentido, sino que, lo que experimentan los personajes pasa a otro plano que se aleja de lo terrenal. Trasciende hasta convertir sensaciones carnales, humanas, en experiencias que rozan lo sagrado, con capacidad suficiente para generar un cambio existencial en el personaje

principal. Aunque, es cierto, las interpretaciones dependerán siempre del peso que el lector le otorgue a cada elemento desde su capacidad para significar y ponderar cada uno de ellos de acuerdo con su propia experiencia y espiritualidad.

Con respecto a su obra, la autora coincide con el Doctor en Letras Modernas, Omar Gutiérrez Bautista cuando expresa que, “la gran tarea humana que propone Arredondo al mostrarnos la imagen distorsionada del ser humano es necesaria para caminar hacia una imagen distinta de nosotros mismos” (118). Su estilo y forma de hacer una crítica incisiva a la sociedad y al individuo, con mayor peso en esta narración, la hace una escritora atemporal y una fiel garante de los claroscuros de nuestra condición humana. No en vano, una de las más sobresalientes del siglo XX mexicano.

Referencias

- Arredondo, Inés. *La señal*. Ciudad Seva, 1965. <https://ciudadseva.com/texto/la-senal/>(7 sept. 2021)
- Arredondo, Inés. *La Sunamita*. Ciudad Seva, 1965. <https://ciudadseva.com/texto/la-sunamita/>(7 sept. 2021)
- Batis, Huberto. *Presentación a Mariana. Inés Arredondo. Material de Lectura*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2017. www.materialdelectura.unam.mx/index.php/cuento-contemporaneo/13-cuento-contemporaneo-cat/16-002-ines-arredondo?showall=1 (6 sept. 2021)
- Chavez Rivas, Belem R. *Una señal en lo subterráneo: lo íntimo, lo simbólico y lo sagrado en la narrativa de Inés Arredondo*. Tesina para obtener el grado de especialización en Literatura Mexicana del siglo XX. Universidad Autónoma Metropolitana, 2019. <http://hdl.handle.net/11191/7082>(8 sept. 2021)
- Chico González, Pedro. *Diccionario de Catequesis y Pedagogía Religiosa*. Editorial Bruño, 2006. <https://www.biblia.work/diccionarios/estigmas/> (9 sept. 2021)

González Fernández, Natali. “Lo sagrado en “La Señal”, de Inés Arredondo”. *La Colmena*. Vol. 109 enero-marzo 2021, pp.13-20. Web. (9 sept. 2021)

Gutiérrez Bautista, Omar D. *De una poética del límite a una poética de la esperanza: la subversión de la culpa en la obra de Inés Arredondo*. Tesis para Doctor en Letras Modernas. Universidad Iberoamericana, 2016.<http://ri.ibero.mx/handle/ibero/574> (8 sept. 2021)

La Santa Biblia. Reina Valera, 1960.

Londoño, Juan E. *La crucifixión en la literatura latinoamericana contemporánea*. Hamburg: Missionshilfe Verlag, 2020. Web. (8 sept. 2021)

Reboredo, Aida. “El escritor debe mantenerse en la marginalidad. Entrevista a Inés Arredondo”. *Unomásuno*, 28 de mayo 1980.